

VIOLETA QUEVEDO

Un universo desintegrado

"Seis relatos de Violeta Quevedo."
 Ilustraciones de Juanita Lecaros.
 Selección de Eduardo Anguita y María
 Luisa Pérez. Ed. Universitaria, Santiago,
 1981. 221 pp.

Seis relatos de Rita Salas Subercaseaux quien, bajo el seudónimo de Violeta Quevedo —que adoptara porque "soy como la flor que oculta su cabeza entre la yerba, y Quevedo, porque escribo lo que veo"—, constituye uno de los casos más curiosos y disparatados de la escritura nacional.

Narra sus viajes por el mundo y sus peripecias en Chile con un acento de candor e ingenuidad incomparables. Los más mínimos hechos son, para ella, aventuras terribles; el mundo está lleno de asechanzas que logra sortear por la intervención directa de su ángel de la guarda o de otras benévolas entidades celestiales. Las cosas y las circunstancias están descritas y contadas con un lenguaje que combina, sin orden ni concierto, los giros coloquiales con palabras cultas usadas, a menudo, en acepciones arbitrarias. Y en perfecta armonía con el vocabulario, la sintaxis es caprichosa y anárquica: se suceden las oraciones —a menudo en hipérbaton— y no es infrecuente que el sujeto se pierda o que los predicados pertenezcan a otro sujeto. La puntuación es también extravagante.

Un pasaje en el que relata su viaje a Roma:

"El Papa es de regular estatura y de figura muy inteligente. (...) Visitamos también las Catacumbas. El obispo rezó allí, una misa y mi hermana comulgó en ella. Vimos también la iglesia de Santa María la Mayor, donde, con toda solemnidad, nos mostraron el retrato auténtico de la Santísima Virgen, pintado por San Lucas. Noté que se distinguían muy bien las facciones, y la encontré, sobre todo en el óvalo de su cara, muy parecida al de una pariente mía de Chile."

Ahora, en Nueva York, describiendo el edificio Radio City:

"Fui a conocerla a la hora de las 5 más o menos. Está ubicada en 50 Street, 6. Avenue.

Era fantásticamente hermoso el edificio, lo rodeaban lujosas divisiones, ya para orquestas conciertos: bellas lámparas, etc. Quedé casi estupefacta viendo ese hermoso teatro. Uno siente no describirlo mejor, y no lo hago por no errar. La vista no me interesó nada; la monotonía de siempre; el amor y después el odio. Pero, eso sí, el biógrafo y su funcionamiento, soberbio;

□ Escritos desorbitados que mezclan candor con patetismo

□ Extravagancia e ingenuidad celebradas por escritores y estetas

Siempre protegida por su ángel de la guarda

valdrá mucho verlo en vistas interesantes que parecerán a lo vivo."

Esta prosa fascinó a escritores, lectores de élite y a algunos críticos, quienes la reputaron como *exquisito ejemplar naif*, ingenua como el *aduanero Rousseau*, inocente como *Luis Herrera Guevara*. Surrealista, fantástica, sobrenatural. El poeta Eduardo Anguita, prologuista del volumen, escribe: "Así es el libro, así es la obra entera de Violeta Quevedo, esta escritora chilena que presenta el espectáculo de un mundo turbulento atravesado, perforado por la pureza de una niña".

Con su sobrio y a veces opaco realismo, el crítico Raúl Silva Castro —autor del enciclopédico *Panorama de la literatura chilena*, en el que cita a los más mínimos e irrelevantes escritores— no registró el nombre de Violeta en su voluminoso catastro, quizás por considerar que sus escritos no eran literatura.

En realidad, e independientemente de que concuerden con los rasgos de cierta al-



teración de la personalidad caracterizada por la confusión de lo real y lo irreal, la incoherencia conceptual y la expresión caótica, los relatos de Violeta Quevedo poseen la fascinación terrible de lo anormal. Su universo fantástico, que nos hace sonreír por la irracionalidad pintoresca, proyecta el terror de la desintegración.

Ya en las páginas finales del libro, la autora —fallecida en 1962— cuenta:

"Cuando me levanté algunos días después, empecé a oír unos gritos alarmantes y yo me decía: ¿qué es esto? y eran las enfermeras recluidas que tenían algunos momentos lúcidos y otros de locura. Tú comprendes los sustos míos, cuando llegó la hora de comer llegó una mucama llena de hipocresía, diciéndome que me llevaba a mi aposento para que no me pusiera nerviosa; y la soledad es causa de atropellos y yo he sido siempre partidaria de la colectividad y como se dice 'cuatro ojos ven más que dos'".

Guillermo Ferrada ■